



SALIDA DE WILDING

Al día siguiente, bastante temprano, Wilding salió solo, después de dejar a su empleado una esquelita con estas palabras:

«Si preguntre por mí el señor Vendale, o si viniese a visitarme el señor Bintrey, dígales que he ido a la In-clusa.»

Ni las exhortaciones de Vendale ni los consejos de Bintrey lograron variar los sentimientos y la determinación de Wilding. Volver a hallar a aquel cuyos bienes y sitio había usurpado, era entonces el único interés de su vida. ¿No era ir al Hospicio, la primera cosa que había que hacer para conseguirlo? Ahí es donde podía hallar luz, o, a lo menos, de ahí podría sacar algunos datos.

El aspecto de semejante edificio, que antes era agradable, habíase transfor-

mado para él, como el retrato colocado en su habitación y que tan querido era para él en otro tiempo. El vínculo que antes le unía a aquellos lugares que abrigaron su miserable infancia y donde un día fué la felicidad a sorprenderle, estaba ya roto para siempre. Soliviantósele el corazón en medio de una oleada de amargura, cuando, en la puerta del laboratorio, expuso la índole de la diligencia que allí le llevaba. Aguardó con gran ansiedad al tesorero, a quien había ido a buscar y al cual no encontraban. Al fin llegó este caballero. Wilding realizó un esfuerzo terrible para recobrar un poco de calma y habló.

Escuchábase con suma atención el tesorero; pero su rostro no prometía más que un poco de complacencia y mucha cortesía.

—Nos vemos obligados a ser muy circunspectos—respondió a Wilding,—y no solemos contestar a preguntas del género de las que usted me dirige, cuando nos las hacen extraños.

—No me considere usted como extraño—se limitó a decir Wilding.—He formado parte de sus alumnos; soy expósito.

Con gran urbanidad respondió el tesorero que esa circunstancia le parecía muy particular y que fuera de mal gusto rehusar cualquier cosa a un antiguo

pupilo de la casa. Pero rogó a Wilding que le comunicase los motivos que le impulsaban a intentar las investigaciones de que hablaba. Wilding le contó su historia. Tras lo cual levantóse el tesorero y, conduciéndole a la sala en que estaban expuestos los registros de la Institución, le dijo:

—Nuestros libros están a la disposición de usted; pero mucho me temo que, al cabo de tantos años, no puedan darle más que datos muy ligeros.

Wilding consultó con febril impaciencia esos registros, y en ellos halló lo siguiente:

«3 de marzo de 1836.—Adoptado y retirado del Hospicio, un niño varón, llamado Walter Wilding.—Nombre y situación del adoptante: «Señora de Miller, residente en Lime Tree Lodge, Groombridge Wells.—Responden por ella: el Reverendo John Harker, Groombridge Wells, y los señores Giles Jeremie y Giles, banqueros, Lombard Street.»

—¿Es eso todo?—exclamó Wilding.—¿No ha tenido usted otras comunicaciones ulteriores con la señora de Miller, señor tesorero?

—Ninguna. Si algo hubiera habido, estaría mencionado ahí.

—¿Puedo sacar copia de esta inscripción?

—Sin duda alguna; pero está usted muy agitado... yo mismo extenderé la copia.

—Mi única probabilidad es enterarme de la residencia habitual de la señora de Miller y visitar a sus fiadores.

—Esa es la sola probabilidad—respondió el tesorero.—Yo hubiera deseado poder servirle mejor.

Wilding emprendió la caza. La primera etapa por hacer era la casa de los banqueros de Lombard Street. Allí se llegó.

En aquel momento, dos socios de la casa eran inaccesibles. El tercero se excusó, opuso mil obstáculos a la demanda del joven negociante y, al fin, permitió que se repasase el registro marcado con la inicial M.

Se encontró la cuenta de la señora de Miller. Pero al través del libro habíanse trazado dos líneas de tinta borrosa, para anular la página, y debajo había la nota siguiente:

«Cuenta cerrada el 30 de septiembre de 1837.»

Así es que Wilding vió desvanecerse su primera esperanza. Comprendía mejor que nadie las dificultades de la tarea que se había impuesto.

—¡No hay salida!... ¡no hay salida!... decía para sí.

Escribió a su socio para avisarle que

su ausencia podría prolongarse algunas horas; fué a la estación y tomó asiento en el tren, para ir al domicilio de la señora de Miller en Groombridge Wells.

Niños y madres viajaban con él. Niños y madres se encontraron a su paso cuando desembarcó y fué de casa en casa, de tienda en tienda, preguntando su camino. Pasando bajo el alegre sol, aquellas madres parecían felices y arrogantes, y aun más felices los niños; por todas partes encontraba cosas que le recordaban cruelmente ese risueño mundo de ilusiones, tan cruelmente despierto antaño en su corazón; todo le recordaba la memoria de la que ya no existía, de la que se había desvanecido, dejándole a él moroso y sombrío, como un espejo del cual se hubiera eclipsado la luz. Preguntó, inquirió en todas partes. Nadie sabía dónde estaba Lime Tree Lodge. Agotados todos los recursos, entró en las oficinas de una agencia de inquilinato.

—¿Sabe usted dónde está Lime Tree Lodge?

El agente le enseñó con el dedo al otro lado de la calle una casa de lúgubre apariencia, perforada por inusitado número de ventanas, que parecía haber sido antes una fábrica y que a la sazón era fonda.

—He ahí el sitio en donde estaba Lime Tree Lodge—le dijo el hombre—hace diez años.

Segunda esperanza perdida. ¡Tampoco ahí había salida!...

Quedábale una postrera probabilidad: la de encontrar al flador clerical señor Harker. Entró en una librería y preguntó si podrían indicarle el domicilio actual del Reverendo. El librero expresó un mohín de sorpresa, frunció las cejas y permaneció mudo. Entretanto, cogió del mostrador un precioso tomito, vestido con encuadernación gris y sombría, lo presentó al visitante, y Wilding leyó en la primera página:

EL MARTIRIO

DEL

REVERENDO JOHN HARKER

EN NUEVA ZELANDA

*Contado por un antiguo miembro de su
Congregación*

—Dispéñseme usted—dijo Wilding.

El librero contestó con una seña de cabeza a sus excusas, y salió Wilding.

¡Tercera y última esperanza destruida! ¡No hay salida!... ¡No hay salida!...

En realidad, lo mejor que podía hacer es regresar a Londres. Tomó el tren.

Durante el trayecto, completaba de vez en cuando la inútil nota que le había guiado en su viaje, la copia sacada del registro del Asilo de Expósitos. Efectuó un movimiento como para arrojar al aire aquel papel engañoso: pero se lo impidió la reflexión.

—¿Quién sabe?—pensó.—Esta nota puede servirme: no me separaré de ella en mi vida, y mis albaceas la hallarán sellada en el mismo sobre que mi testamento.

¡Su testamento!... ¿Y por qué no había de redactarlo? Esta idea le acosó tenazmente. Resolvió redactar sin pérdida de tiempo ese testamento necesario. Y prosiguió su viaje pensando en todos los pasos dados inútilmente, y murmuraba:

—¡No hay esperanza posible!... ¡No hay salida!... ¡No hay salida!...

Estas últimas palabras eran imitadas de Bintrey. En su primera conferencia con Wilding, el agente de negocios había exclamado al poco rato: «¡No hay salida!... ¡No hay salida!»

—Mi convicción—añadía—es que nada puede hacerse al cabo de tantos años; y opino que debe usted quedarse con toda tranquilidad en posesión de los bienes que le han legado.

Wilding mandó traer otra vez el añojo Oporto de cuarenta y cinco años, y

Bintrey no se descuidaba de decir que lo encontraba, como de costumbre, exquisito. Cuanto más veía el taimado compañero dibujarse claramente, a través del dorado licor, el camino que había de seguirse, tanto más persistía en declarar enérgicamente que nada podía hacerse, y, al tiempo que llenaba y vaciaba el vaso, repetía:

—¡No hay salida!... ¡No hay salida!...

Y ¿quién podía negar ahora que el proyecto de Wilding de hacer testamento cuanto antes, no procediese también de la excesiva delicadeza de su conciencia (aunque, en el fondo del corazón, experimentase igualmente cierto alivio involuntario, ante la perspectiva de legar su embarazosa situación a otro, pues su intención era esa)? Persiguió, pues, el nuevo proyecto, con extraordinario ardor, y no perdió tiempo para suplicar a Jorge Vendale y a Bintrey que acudieran a la Encrucijada de los Cojos, adonde él iba a esperarlos.

Así que estuvieron reunidos los tres, con las puertas bien cerradas, tomó la palabra Bintrey y, en tono solemne, dijo a Vendale:

—Ante todo, antes de que nuestro amigo (y cliente mío) nos confie sus voluntades futuras, deseo precisar claramente cuál es mi parecer, y también el de usted, señor Vendale, si no he en-

tendido mal las palabras que usted me ha dicho, y lo que, por lo demás, sería el parecer de todo hombre sensato. He aconsejado a mi cliente que guarde el más profundo secreto en este asunto. He hablado dos veces con la señora de Goldstraw, una en presencia del señor Wilding; otra, estando él ausente. Si puede uno fiarse de alguien (lo cual es siempre dudoso), creo que es de esa señora. He manifestado a mi cliente que debemos guardarnos mucho de despertar reclamaciones aventureras, y que, si no callamos, pondremos en movimiento a todos los estafadores del reino. Ahora, escúcheme, señor Vendale. Nuestro amigo (y cliente mío) no quiere privarse de los bienes de que él se considera como depositario; al contrario, desea hacerlos fructificar en beneficio de aquél a quien él juzga como dueño legítimo. Yo no puedo adoptar el mismo modo de ver a ese hombre, que tal vez no sea sino una sombra; y, si, alguna vez, aun tras muchos años de indagaciones, le echásemos la mano encima, quedara yo muy extrañado; pero, esto es de poca monta. El señor Wilding y yo estamos, sin embargo, de acuerdo en un punto: en que no hay que exponer a riesgos inútiles esos bienes. He accedido, pues, al deseo del señor Wilding en una cosa. De vez en cuando, incluiremos en los periódicos

un anuncio redactado con prudencia, invitando a que se presente en nuestras oficinas a toda persona que pueda dar informes de ese niño adoptado y sacado de la Inclusa. He prometido al señor Wilding que ese aviso se publicará regularmente. Después de esto, como mi cliente me ha advertido que yo encontraría a usted aquí a esta hora, he venido. Note usted bien que no es ya para emitir mi opinión, sino para recibir las órdenes del señor Wilding. Estoy del todo dispuesto a respetar y secundar sus deseos. Sin embargo, ruego a usted que observe que esto no implica en modo alguno mi asentimiento a las medidas que he consentido en adoptar. Me prestó a ellas; tal vez no las apruebe, y, sea como fuere, no quiero que se pueda confundir mi complacencia con mi opinión personal.

Al hablar así, Bintrey se dirigía tanto a Wilding como a Vendale. Claro está que creía deber mucha deferencia a su cliente, y le concedía algo de ella. No obstante, Wilding, por encima de todo, le divertía. Bintrey no podía creer en tan extravagante conducta, en un desinterés tan singular; el quijotismo del joven negociante se le antojaba cosa tan graciosa como rara; por esto no podía menos de mirarle de cuando en cuando con ojos que parpadeaban y con muy intensa cu-

riosidad, mezcladas a veces de grandes ganas de sonreír.

—¡Todo cuanto acaba usted de decir es clarísimo!—dijo Wilding, tras un suspiro.—¡Ojalá quisiera Dios que mis ideas fuesen tan límpidas como las de usted, señor Bintrey!

—¡Aplácela, aplácela... si cree usted que va a volverle el aturdimiento!...—exclamó Bintrey.—Aplácela, aplácela...

—¿Que aplice qué?—preguntó Vendale.

—¡La conversación! Si sus zumbidos, señor Wilding...

—No, no... Nada tema—replicó el joven negociante.

—¡No se excite usted, por favor!—prosiguió diciendo Bintrey...

—Estoy perfectamente tranquilo—repuso Wilding—y voy a demostrárselo. ¿Titubearían ustedes, Jorge Vendale, y usted, señor Bintrey, o bien tendrían inconveniente en ser los albaceas de mis últimas voluntades?

—Ningún inconveniente—respondió Vendale.

—¡Ninguno!—repitió Bintrey, con un poco menos de solicitud.

—Les doy las gracias a los dos. Mis instrucciones serán sencillas y muy breve mi testamento. Quizá tenga usted la amabilidad de redactarlo al momento, señor Bintrey. Dejo mi fortuna realiza-

da y mis bienes personales, sin excepción ni reserva, a ustedes, mis dos depositarios y albaceas testamentarios, teniendo ustedes el cargo de restituirlo todo al verdadero Walter Wilding, si pueden descubrirlo y establecer su identidad en los dos años que sigan a mi muerte. En caso de que no lo encuentren ustedes antes de expirar ese plazo, entregarán el depósito, a título de legados y donaciones, al Asilo de Expósitos... ¿Eh?

—¿Son esas todas sus instrucciones? —preguntó Bintrey, tras una pausa bastante larga, durante la cual ninguno de los tres hombres se atrevió a mirar a los otros.

—Todas.

—¿Y está bien tomada su determinación?

—Tomada irrevocablemente.

—No me queda, pues, más que redactar ese testamento según la forma—añadió el apoderado, encogiéndose de hombros;—pero, ¿es necesario hacerlo de prisa? ¡No es urgente, qué diablo! ¿Tiene usted ganas de morir?

—Señor Bintrey—dijo Wilding,—ni usted ni yo sabemos el momento en que debo morir, y me agradecería haber descargado mi espíritu de tan penoso asunto.

—Como usted guste—dijo Bintrey,—vuelvo a ser hombre de leyes. Si dentro

de una semana, en tal día como hoy, puede convenir una cita al señor Vendale, la inscribiré en mi cuadernillo.

Tomóse la cita y no se faltó a ella. El testamento, firmado según la fórmula, lacrado, depositado, certificado por los testigos, quedó en manos de Bintrey. Este lo archivó por orden en una de las cajas de caudales selladas y que llevaban en una placa el nombre del testador, que estaban alineadas ceremoniosamente en su bufete; cual si ese santuario de la legalidad fuese al mismo tiempo una fosa funeraria. En cuanto a Wilding, con el espíritu más sereno y recobrando ánimo, vacó a sus ocupaciones habituales.

Su primer cuidado fué realizar la instalación patriarcal que había soñado; en semejante tarea le ayudaron Vendale y la señora Goldstraw. Acaso no fuera el concurso del primero tan desinteresado como parecía. El joven pensaba que, una vez puesta en orden la casa, podría invitarse a comer a Obenreizer y a su sobrina.

Llegó ese gran día. La señora Dor fué incluida en la invitación dirigida a toda la familia de Obenreizer. Si Vendale estaba enamorado antes, la cena llevó al colmo la pasión y le arrastró de pronto hasta el delirio. Sin embargo, por más que hizo, no pudo obtener una palabra

en particular de la encantadora Margarita.

Varias veces, durante la velada, creyó hallar ocasión de hablarla al oído. Pero, al punto, tropezábase con Obenreizer, con su nube, que le apretaba los codos; o bien se interceptaba bruscamente la ancha espalda de la señora Dor entre él y la luz viviente, o sea Margarita. Ni una vez, ni una sola vez, a no ser durante la cena, pudo ver de frente a la respetable matrona, muda como las montañas en donde había nacido y de las cuales era imagen.

Y, sin embargo, durante esas cuatro o cinco horas, deliciosas, aunque muy atormentadas, Vendale había podido ver a Margarita, había podido oírle, acercarse a ella y rozarle el vestido. Cuando dieron la vuelta a las viejas bodegas oscuras, él la llevaba de la mano; cuando, por la noche, cantó la joven en el salón, él tenía los guantes que ella acababa de quitarse. ¿Qué no hubiera hecho para guardarse tan diminutos guantes? ¡Hubiera dado en cambio hasta la última gota del añejo Oporto de cuarenta y cinco años, aunque ese vino hubiera tenido cuarenta y cinco veces los nueve lustros, y aunque hubiera costado cuarenta y cinco veces cuarenta y cinco libras la botella!

Así que Margarita se hubo marchado

y que la soledad y el aburrimiento volvieron a caer, como inmenso apagaluces, en la Encrucijada de los Cojos, dirigióse a sí mismo esta pregunta, durante toda la noche:

—¿Sabe ella que la admiro? ¿Sabe que la adoro? ¿Puede sospechar que me ha conquistado cuerpo y alma? Si lo sospecha, ¿se toma cuando menos la molestia de pensar en ello? ¡Qué pobres corazones inquietos somos! ¿No es extraño pensar que los millones de hombres que duermen, momificados desde hace tantos años, estuvieron enamorados como nosotros que vivimos, sintieron las mismas angustias, cometieron iguales tonterías y, no obstante, descubrieron el secreto de estar tranquilos después de esto?

—¿Qué opina usted del señor Obenreizer, Jorge?—preguntó al día siguiente Wilding.—No quiero preguntarle lo que piensa usted de la señorita Margarita.

—No sé—dijo Vendale,—nunca he podido saber a ciencia cierta lo que de ese hombre pensaba.

—Es muy instruido y muy inteligente.

—Intelligentísimo, no cabe duda.

—Buen músico.

Obenreizer había cantado muy bien la víspera.

—Muy buen músico, en verdad—dijo Vendale.

—Y habla bien.

—Sí—continuó repitiendo Vendale,—habla bien. ¿Sabe usted una cosa, querido Wilding? Pues que, pensando en él, se me ocurre la idea de que no sabe callar.

—¡Cómo!—exclamó Wilding,—no creo que sea hablador hasta tornarse importuno.

—No es eso lo que quiero decir. Pero cuando calla, su silencio cohibe a sus interlocutores. Su silencio despierta al momento, vagamente, y acaso injustamente, no sé qué desconfianza. Mire usted, piense en gente a quien usted conozca, a quien ame. Tome usted cualquier amigo suyo...

—Pronto es cosa hecha—dijo Wilding,—le tomo a usted mismo.

—No era mi intención atraerme tal cumplimiento; ni siquiera lo había previsto—replicó Vendale riendo.—Conforme, escójame, pues, y reflexione un momento. ¿No es cierto que la simpatía que le hace sentir mi interesante rostro débese más que nada a la expresión que tiene cuando permanezco en silencio? Y, en efecto, como semejante expresión no es rebuscada ni compuesta, es la más natural, y puede decirse que es el verdadero espejo de mi alma.

—Creo que está usted en lo cierto.

—También lo creo así. Pues bien, cuando Obenreizer habla, y que al hablar se explica a sí mismo, gana mucho. Pero cuando guarda silencio, es inquietante. Luego, pierde con el silencio. En otros términos: habla bien; mas no sabe callar.

—También es verdad—dijo Wilding, riéndose a su vez.

A pesar de los cuidados y atenciones de que le rodeaban sus amigos, Wilding no recobraba sino lentamente la salud y la tranquilidad de ánimo. Para sacarlo de sí mismo, y acaso también para procurarse nuevas ocasiones de ver a Margarita, recordóle Vendale el antiguo proyecto de organizar en su casa una clase de canto.

No tardó en constituirse dicha clase, con la ayuda de dos o tres personas que tenían algunos conocimientos musicales y cantaban de modo soportable. Se formó el coro, instruido y dirigido por Wilding.

El nombre de los Obenreizer se mezcló por sí solo en este asunto. Eran músicos hábiles; por consiguiente era muy natural que se les pidiese su cooperación en esas reuniones musicales. Como consintieron tutor y pupila (o el tutor por ambos), la existencia de Vendale

no fué ya sino una mezcla de encanto y esclavitud.

En la vieja y pequeña iglesia edificada por Cristóbal Wreen, iglesia sombría y que olía a moho como una bodega, cuando el coro se reunía los domingos y sus veinticinco voces cantaban juntas, la voz de Margarita ahogaba todas las demás, hacía temblar vidrieras y paredes, atacaba las bóvedas y perforaba las tinieblas de las partes bajas, como un rayo sonoro. ¡Qué momento! La señora Dor, sentada en un rincón del templo, daba la espalda a todo el mundo. Obenreizer cantaba también.

Pero esos conciertos seráficos del domingo eran sobrepujados por los conciertos profanos de los miércoles, establecidos en la Encrucijada de los Cojos para solaz de la familia patriarcal. Los miércoles ejecutaba en el piano Margarita y dejaba oír en la lengua de su país los cantos de las montañas. Esos cantos, ingenuos y sublimes parecían decir a Vendale: «Alzate sobre el nivel de la comercial y trepadora Inglaterra... Ven lejos... muy lejos de la muchedumbre y del mundo; sígueme... más arriba, mucho más arriba. Vamos a mezclarnos a la cima de los picos, a los cielos azulados. ¡Amémonos cerca del cielo!»

Al mismo tiempo, el lindo córpiño, las medias con motas rojas, los zapatos

de hebillas de plata, parecían animarse y correr; la ancha frente blanca y los bellos ojos de Margarita inflamábanse con llama de inspiración... Vendale perdía el sentido.

¡Felices conciertos! Hay que confesar que, al principio, tuvieron más aliciente para el joven que para Joey Laddle, su criado. Joey habíase negado firmemente a turbar aquel torrente de armonía mezclando a él su voz sobrado ruda. Manifestaba supremo desdén por tales distracciones frívolas, y mandó a paseo a «todo el negocio».

Sin embargo, un día, Joey Laddle, el huraño, tuvo a bien descubrir una fuente de verdadero placer en un coro que nunca había oído. Ese día, suavizóse hasta el punto de predecir que los mozos de bodega, sus subordinados, realizarían a la larga algún progreso en un arte para el cual no habían nacido.

El domingo siguiente, acabó de vencerle una antífona de Haendel. Al fin, cierto tiempo después, le extrañó hasta atontarle, la inesperada aparición de Jarvis, armado de una flauta, y de un jornalero que llevaba un violín, y la ejecución por «ambos artistas» de una pieza muy bien sacada. Mas no fué eso todo: como a dicho dúo sucedía un canto de Margarita, Joey se quedó con la boca abierta; luego, dejando el asiento con

aspecto solemne, y haciendo antes de hablar un saludo, dirigido particularmente a Wilding, dijo:

—Después de esto, pueden ustedes irse todos a acostar.

Así fué como empezaron el conocimiento personal y las relaciones sociales entre Margarita Obenreizer y Joey Laddle. La joven halló tan original el cumplimiento y rióse por él de tan buen grado, que Joey se le acercó, después del concierto, para decirle que suponía no haber cometido la torpeza de decir una torpeza. Margarita le aseguró que había mostrado mucho ingenio, y Joey inclinó la cabeza, con aire de satisfacción.

—Usted hará que renazcan aquí los tiempos felices, señorita—dijo.—Una persona como usted... y no otra... es quien podría volver a traer la suerte a esta casa.

—¡Volver a traer la suerte!...—exclamó ella en su encantador inglés algo torpe.—Temo no entenderle.

—Señorita—dijo Joey con tono confidencial,—el señor Wilding ha cambiado aquí la suerte. ¿No lo sabe usted? Fué antes de que tomase como socio al joven Jorge Vendale. Yo les he avisado. Descuide usted, que ya se enterarán. Sin embargo, si usted viniese algunas veces a esta casa, y si cantase usted para

conjurar la suerte, quizá pudiera usted apaciguarla.

El miércoles siguiente, se notó alrededor de la mesa que el apetito de Joey no era ya digno de él. Se cuchicheó y se sonrieron los comensales. Cada cual decía que el milagro de que Joey Laddle no comiera más que como un hombre ordinario debíase a esperar el placer que se prometía oyendo cantar a la señorita de Obenreizer, y al temor de no poder procurarse buen sitio para no perder nada de tal placer. Se sabe que Joey Laddle era algo duro de oído. Estos rumores maliciosos llegaron a Wilding, quien, con su acostumbrada bondad, llamó a Joey a su lado. Y Joey Laddle, que había escuchado con arrobamiento, empezó a repetir muy bajito la célebre frase que tan grande y alegre éxito había tenido la semana anterior: «Después de esto, pueden ir todos ustedes a acostarse».

Mas no debían durar mucho las sencillas diversiones y el dulce júbilo que animaban desde algún tiempo la Encrucijada de los Cojos. Había una cosa, una cosa triste, de que todos se percataban demasiado de largo tiempo atrás, y de la cual se evitaba hablar, como de algo penoso.

Wilding tenía poca salud.

Tal vez hubiera soportado Wilding el golpe que le había herido en el mayor

afecto de su vida; acaso hubiera triunfado del sentimiento que le torturaba; quizá hubiera hecho oídos de mercader a aquella voz que le gritaba constantemente: «Tú ocupas en el mundo el lugar de otro y gozas de sus bienes»; puede ser que hubiera desafiado y vencido alguno de esos dolores, alguno de esos tormentos; pero, reunidos juntos, eran demasiado intensos. Un hombre hostigado por dos fantasmas, pronto queda aniquilado. Aquellos dos espectros—la idea de la que no era su madre y del que era Wilding, el verdadero Walter Wilding—sentábanse con él a la mesa, bebían en su misma copa y se instalaban por la noche a la cabecera de su lecho. Si pensaba en el cariño de su supuesta madre, sentíase morir. Cuando, para agarrarse a la vida, recordaba el afecto de que le rodeaban en su casa sus subordinados y sirvientes, se decía a sí mismo que también había robado ese afecto; decíase que había adquirido fraudulentamente el derecho de hacerlos felices, porque ese derecho era de otro; y el placer que ese otro hallaría en ello, robábaselo también Wilding, como todo lo demás.

Poco a poco, bajo esa impresión terrible que le desgarraba el corazón, debilitósele el cuerpo. Tornósele pesado el

paso; sus ojos buscaban la tierra. Ya se confesaba él no ser culpable del error cuyo provecho recogía injustamente; pero reconocía al mismo tiempo su impotencia para reparar tal error. Transcurrían días, semanas y meses, y nadie se pesentaba. A la invitación de los periódicos, nadie iba a casa de Bintrey a reclamar su nombre y su fortuna. La cabeza de Wilding se extraviaba, y él tenía conciencia de ello. A las veces, ocurríasele que una hora, todo un día, se borraba de su espíritu, cual si ese día no hubiera brillado como todos los demás. Y pensaba: «¿Qué hice ayer?» y no lo recordaba. Perdía la memoria. Una vez se le escapó ésta precisamente en el momento en que dirigía el coro y llevaba el compás. Y no la recobró hasta mucho después, a media noche, paseándose por el patio de la casa a la luz de la luna.

—¿Qué ha sucedido, pues?—preguntó a Vendale.

—Que no ha estado usted muy bien—le contestó éste.—Nada más.

Wilding buscó explicación en la faz de los empleados que le rodeaban.

—Nos alegramos de ver que sigue usted mejor—le dijeron.

Y no pudo sacar otra cosa.

Al fin, un día—y entonces sólo hacía cinco meses que estaba asociado con Vendale,—vióse obligado a guardar ca-

ma. La señora de Goldstraw, su ama de llaves, tornóse su enfermera.

—Ya que estoy acostado y que usted me cuida, señora de Goldstraw—le dijo Wilding—¿me permitirá usted que la llame Sally?

—Ese nombre suena más naturalmente que cualquiera otro a mis oídos—respondió el ama de llaves.—Y es el que prefiero.

—Muchas gracias. Creo que en estos últimos tiempos he debido de tener ciertas crisis... ¿Es verdad, Sally?... Ya no debe usted temer decírmelo...

—Así le ha sucedido, señorito.

—He ahí la explicación que yo buscaba—balbució Walter.—Sally, dice el señor Obenreizer que la tierra es tan pequeña que no es raro que las mismas personas se tropiecen sin cesar y vuelvan a encontrarse en todas partes... ¡Ya ve usted! Puesto que está a mi lado, he aquí que casi he vuelto a la Inelusa, para morir en ella.

Tendió la mano hacia las de la señora de Goldstraw, que la cogió con ternura.

—No morirá usted, señor Wilding.

—Eso es lo que el señor Bintrey me asegura; pero, desde que estoy en cama, siento la misma serenidad, el mismo sosiego que antes, cuando era feliz, en el momento en que iba a dormirme. En verdad, que me duermo tan dulcemente

como en mi infancia, cuando usted me arrullaba, ¿lo recuerda, Sally?

Tras un rato de silencio, sonrió y dijo:

—Le suplico que me bese, ama.

La razón le abandonaba por completo; crefáse en el dormitorio del Hospicio.

Sally, acostumbrada antaño a inclinarse sobre los huerfanitos, inclinóse hacia aquel pobre hombre, huérfano también, y, besándole en la frente, balbució:

—¡Dios le proteja!

Wilding abrió otra vez los ojos.

—Sally—dijo—no me mueva. Estoy muy bien acostado, se lo aseguro... ¡Ah! Creo que me ha llegado la hora. No sé el efecto que le producirá a usted mi muerte; pero a mí...

Perdió el conocimiento... y murió.

